

observar puntualmente nuestras reglas y constituciones.

»¡Ah, hija mía! Es preciso obrar todo lo mejor que nos sea dable, porque, ¿no es cierto que para eso somos ambas religiosas? Es indecible el contento que á mí me procura que haya aquí una hermana que desee ser religiosa por mí; pero aun me satisface más que sea mi hermana Simplicia, porque la estimo en mucho.

»También comprendo que viviré contenta y que no me envaneceré jamás. Eso, á Dios gracias, lo he conseguido ya, porque nunca me envanezco.

»Me conservaré humilde y modesta; me humillaré y haré prácticas especiales de humildad según las ocasiones y los medios; y si no los hallara, me humillaré al menos por no haber podido humillarme.

»Trataré, lo mejor que me sea posible, de mantenerme siempre en presencia de Dios y de ejercitar todo acto mío por su amor; porque, hija mía, esto es lo que aquí se nos enseña á hacer. ¿Y qué otra cosa que no sea eso tenemos que hacer en el mundo? Nada en absoluto.

»Sabemos cuanto es necesario con sólo que sepamos eso.

»Pero, ¿sabéis qué más haría, hija Simplicia? Pues creo que dejaría que hiciesen de mí cuanto quisieran, y leería con frecuencia los capítulos de la modestia y de la humildad de nuestras constituciones..... Hay que leerlos mucho.»

CAPÍTULO XI

TENTACIONES QUE EL DEMONIO SUGIERE DURANTE EL NOVIADO

Muchas jóvenes imaginan que, una vez en una casa de religión, no se verán tentadas como lo eran en el mundo; y como, á partir de los primeros días, el fervor que las anima, el cambio total de ocupaciones, la novedad de los ejercicios que les ocupan todo el día, el trabajo casi continuo á que están sujetas, absorben, por decirlo así, sus ideas, se sienten dichosas al no verse sujetas á la sensualidad y á los malos pensamientos, á la vanidad y al deseo de agradar, y se figuran que siempre las ocurrirá lo propio. Pero algunas semanas después, la costumbre de la vida en comunidad, devolviendo á la novicia su primitivo modo de ser, vuelve á experimentar las mismas sensaciones que antes, y su alma inexperta, incapaz de suponer que pueda verse tentada en una casa de religión, se inquieta, se aflige, se angustia y piensa al punto que Dios no la quiere para sí.

Id sencillamente y sin temores á dar cuenta á vuestro confesor de todo lo que experimentáis; aprovechad esa ocasión, si no la hubieseis tenido antes, de hacerle conocer cuál era antes de entrar en comunidad el estado de vuestra alma, para que los consejos que os dé os sean más provechosos (1), y haced fielmente lo que

(1) Es costumbre, al ingresar en una comunidad, hacer

os diga. Vuestro confesor tendrá gracia especial para tranquilizaros, iluminaros, y para indicaros los medios de resistir al demonio.

No queremos en este capítulo hablar de aquellas tentaciones que la bondad divina permite, tanto en el noviciado como después de la profesión, sino de aquellas otras particulares tentaciones del tiempo que dura el noviciado, cuyo objeto es, por lo que al demonio se refiere, *quitar la vocación*, y, por lo tocante á Dios, *confirmarla*, obligando á la novicia á manifestarle más su amor.

I

¡Tu familia te quería tanto, y tú, ingrata, la abandonas!—Los pesares afigirán á tu padre y á tu madre...., ¡y tú no estarás allí para consolarlos!—Sobrevenirá una enfermedad; te llamarán á la cabecera de su lecho..... ¡y no estarás allí!

Esta tentación es la más penosa, y también la que con mayor frecuencia desgarrá el corazón de la novicia, haciéndola verter lágrimas.

Para sobreponeros á ella llamad en socorro vuestro los pensamientos é ideas de fe, que os

una *confesión general* con el confesor de la casa. Algunos directorios, sin convertirlo en obligación, encargan á la postulante á ese acto de humildad, que puede ser muy útil para ilustrar al confesor. A éste corresponde, por lo demás, formar juicio respecto á la oportunidad de una *confesión general*.

dieron valor suficiente para separaros de vuestra madre. Todo razonamiento puramente humano sería impotente para conseguirlo.

Sólo en presencia del Santísimo Sacramento, y por medio de la santa Comunión, lograréis dulcificar tan dolorosos sentimientos.

1.º ¡Ah, sí, sí! vuestros padres os aman, pero Dios os ama todavía más; y si Dios llama por un lado y por otro vuestros padres, ¿á quién debéis obedecer? Repetid estas palabras desgarradoras, es cierto, pero muy verídicas: *El que amare á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí.*

2.º No hay ingratitud en Dios, estad segura de ello, y sabrá hacer vuestras veces para con vuestros padres. El les comunicará las fuerzas que vuestra presencia les hubiese comunicado; El será quien les asista no dejándolos en el abandono. Dios os debe eso en cierto modo; contad con El.

3.º Esta separación, que es un sacrificio continuo, os da derecho á obtener gracias también continuas. Oid: *El que dejare á su padre, su madre y sus hermanos por amor á mí, alcanzará el centuplo en este mundo y la vida eterna en el otro; ¿qué queréis, pues, en la tierra? ¿no es ante todo la paz, la dicha y la salud de vuestros padres? Pues bien, hermana; todo eso lo tendréis. Rezad por vuestro padre y vuestra madre; pedid con frecuencia á Dios bondadoso que les consuele y fortifique. Habladles del cielo cuando los veáis, y vivid tranquila. Dios os reemplazará para con ellos, y porque los habéis abandonado por El les concederá tan*

abundantes gracias que serán santificados, y algún día, en el cielo, os darán gracias por esa separación que en estos momentos les ocasiona tantas lágrimas.

II

Tu salud no consiente permanecer aquí.— Vas debilitándote; pronto enfermarás, y entonces ¿para qué serás útil?..... para sufrir y hacer que sufran las demás.— Más te valdrá marcharte.

Responded á esto lo que han respondido todos los santos:

1.º No he venido á vivir en religión para hallarme bien, ni para darme buena vida, sino para santificarme y, sobre todo, morir bien.

2.º He venido aquí con buen deseo y buena voluntad; he hecho conocer mi temperamento y mis debilidades á mis superiores; si ellos juzgan que soy capaz de ser útil á la Comunidad, me conservarán en ella; si ven que no lo he de ser, me lo dirán; sólo tengo, por tanto, que aguardar su decisión.

3.º ¿Que tendré enfermedades? ¿es que no las padecería fuera del claustro? Aquí, cuando menos, tendré la ventaja de poder decir á Dios: *Por serviros mejor me hallo enferma.* ¿No será esto un consuelo?

III

Cosa fuerte es pasar toda la existencia dependiendo de la voluntad ajena.— ¡La vida

entera con una ocupación que no conviene á mi naturaleza!.....— Toda la vida rodeada de caracteres antipáticos al mío.....— ¡Toda mi vida llena de privaciones, de molestias, de contrariedades!

En este caso, contestad sencillamente al demonio: *Eso no es verdad.*

La obediencia tiene dulzuras que el diablo no conoce, y más de una vez he disfrutado ya sus goces. Este pensamiento solo: *hago lo que Dios quiere*, ¿no basta para hacerme soportar todas las amarguras de la vida?

La ocupación puede algunas veces no convenir á nuestra naturaleza; pero como mis superiores tienen interés en que desempeñe bien mi cometido, si me dejan en él es que lo sé ejecutar, y á la larga todos tenemos aprecio á lo que hacemos bien; y si, por el contrario, no sé cumplir mi obligación, sabrán darme otra.

Es imposible que *todos* los caracteres no convengan con el mío. La caridad suaviza todo cuanto á primera vista nos parece áspero. En las comunidades se quiere *tanto* y, sobre, todo *mejor* que en el mundo.

Además, de mí es de quien depende hacerme estimar.

Las palabras *privación, molestia, contrariedad*, aunque fuesen exactas, no forman la totalidad de la vida religiosa. ¿Por qué representarme las cosas sino por un lado? ¿Es que, por ventura, no hay en el mundo *privaciones, molestias y contrariedades*? ¿No hay en la vida de religión tranquilidad de conciencia, paz del alma y esperanza de los cielos?

Desde luego, si alguna vez es penoso vivir en religión, es siempre dulce morir en ella; ¿y morir bien no lo es todo?

IV

Has venido al convento para vivir más en calma, y la disfrutas menor que en el seno de tu familia.—Has venido para ser más piadosa, y lo eres menos que en el mundo.—Pasas menos tiempo en la iglesia.—Haces menos comuniones.—Experimentas menos fervor y piedad.

No; yo no he venido al convento precisamente para disfrutar de más *calma* y tranquilidad, sino para adquirir mayor *santidad*; y como la santidad no consiste en el reposo exterior, ni en holgar, sino en someter nuestra voluntad á la de Dios, que es lo que precisamente quiero yo, si Dios quiere que yo trabaje mucho, que no tenga un momento de reposo, ¿no es Él el amo? Además, no es la calma exterior lo que da la alegría, sino la tranquilidad de espíritu, y en cuánto á ésta, ¡ah!, comprendo perfectamente que no me faltará nunca, en tanto que diga con firme resolución á Dios: *Fiat!*

Paso, en efecto, menos tiempo en la iglesia; pero *todo* el tiempo de que dispongo lo empleo en cumplir la voluntad de Dios y en estar donde quiere que esté, lo que es un consuelo grande. Comulgo con menos frecuencia, pero sólo por obedecer disminuyo el número de comuniones, no por falta de amor; bien lo sabe

el Señor. Cuando me juzguen mis superiores digna de ello, me permitirán acaso la *comunión cotidiana*, y entonces quedaré por completo indemnizada.

Siento por el momento, es verdad, poco fervor sensible, lo que constituye un positivo pesar para mí; mas el fervor no es la *sensibilidad*, sino la *fidelidad*, porque el amor no estriba en la alegría que produce, sino en los sacrificios hechos por el objeto amado.

V

Podrías hacer en el mundo más actos de bondad que aquí.—¡Hay tantos ignorantes en los que nadie piensa, y tú podrías instruirlos!—¡Qué número tan crecido de niños abandonados á quienes pudieras recoger!—¡Cuántos enfermos solitarios á quienes podrías cuidar!—Es verdad que aquí haces algo de todo eso, pero otras lo harían lo mismo sin tu concurso, y en cambio los desventurados de quien te hablo no tienen nadie que piense en ellos.

Todo eso es muy hermoso y simpático; pero ¿quiere Dios que lo haga yo? Si lo hubiese querido habría hecho que se me dijera, como me hizo saber que debía venir al convento.

Todo eso es muy hermoso; acaso obtendría éxito si acometiera tales empeños; pero ¿no podría, por el contrario, fracasar?.... ¿No podría perjudicarme? ¿Soy bastante fuerte para no dejarme vencer por la vanidad, la sensualidad, las mil ocasiones de pecado que segura-

mente se me ofrecerán? ¿Quién me dará auxilio si soy inconstante? ¿Quién podrá fortalecer mi ánimo el día de la decepción?

¡Oh, Señor, Dios mío! Dadme una tarea menos agradable, pero de más seguro resultado.

¡Menos gloria y más ocasiones de merecer!

¡Menos deseos y más aplicación para realizar desde ahora vuestra adorable y santa voluntad!

CAPÍTULO XII

ÚLTIMOS DÍAS DEL NOVICIADO

Pásanse en el *retiro* los últimos días del noviciado.

Son muy gratos esos benditos días, que predisponen de un modo inmediato para el anhelado día de *la profesión religiosa*.

«Apresuraos, apresuraos, horas lentas con exceso; apresuraos á huir y á dejarme en poder de Jesús—escribía una novicia.

»Vos me queréis, ¡oh Jesús!, pues que me permitís *desposarme con Vos*.

»Y no sólo me lo permitís, sino que habéis llevado vuestra bondad hasta el punto de preguntarme todos los días, durante un año, *si aceptaba yo el enlace*.

»¡Ah, sí, sí; lo deseo!

»Y lo que me hace estremecer de felicidad, felicidad que las palabras de la tierra son inca-

paces de expresar, es el pensamiento de que los votos que voy á pronunciar son *eternos*.

»¡*Eternos* serán los lazos que me unirán á Jesús!

»¡*Eternos* el título de *esposa* que Jesús va á concederme y el título de esposa que yo voy á dar á Jesús!

»¡*Eterna* verdad estas palabras: *yo no me pertenezco, soy toda de Jesús!*»

*
* *

Dejemos al corazón que experimente las más piadosas y dulces sensaciones en la meditación ante el Santísimo Sacramento, y aun durante el desempeño de las más enojosas tareas, y ofrezcamos á la novicia, para que le sirvan de meditación durante los postreros días de su noviciado, reflexiones que la den á conocer bajo aspectos diferentes la vida que va á adoptar.

Esa vida tiene sus *penas* y sus *consuelos*.

I

Penas generales de la vida religiosa.

Desde las primeras páginas de este libro hemos hablado de las ilusiones que se forjan muchas jovencitas acerca de la vida de religión, y de las alegrías muy naturales que se prometen de vivir en comunidad.